

## 6° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 30.08.2014

¿Somos amigos de Cristo o solo siervos? ¿Somos esposas o esclavas? Para tomar conciencia de esto me ayuda el releer con frecuencia las palabras que la beata Madre Teresa de Calcuta decía a sus Misioneras de la Caridad:

«Me preocupa el pensamiento de que algunas de vosotras no haya encontrado aún a Jesús de tú a tú, cara a cara. Podemos incluso pasar el tiempo en la capilla, pero, ¿habéis visto con los ojos del alma el amor con que Él os mira? ¿Conocéis de verdad a Jesús vivo: no por los libros, sino por haberlo escuchado en vuestro corazón? ¿No habéis escuchado nunca sus palabras de amor? Pedid esta gracia: Él tiene un deseo ardiente de concedéroslo. Hasta que no escuchéis a Jesús en el silencio de vuestro corazón no podréis sentirle decir ‘¡Tengo sed!’ en el corazón de los pobres. No abandonéis jamás este contacto íntimo y cotidiano con Jesús como persona viva y real, y no como una pura idea.

Cómo podemos pasar un solo día sin escuchar a Jesús decirnos “Te amo”... ¡Es imposible! Nuestra alma necesita esto tanto como nuestro cuerpo necesita respirar. De otra manera, la oración muere y la meditación se degenera en una reflexión. Jesús quiere que cada uno de nosotros Le escuche, que Le hable en el silencio del corazón. Vigilad sobre todo lo que podría impedir este contacto personal con Jesús vivo” (25.3.93).

Pero ya en san Benito, por no hablar de san Bernardo y tantos otros autores monásticos, resuena siempre este reclamo ardiente del Esposo al alma. Pensemos solo en los pasajes en los que la Regla de san Benito nos pide no preferir nada al amor de Cristo, dejar todo para apresurarse a ir al encuentro con Él en la oración, en la obediencia, en el servicio, en la acogida, en la lectura y meditación de la Palabra de Dios. Es como si cada vez san Benito nos pidiese volver al Señor que desea unirse a nosotros, que nos quiere no solo como siervos que trabajan y se sacrifican por Él, sino como invitados a sus bodas, y no solo a las bodas de Él, sino a las bodas *con Él*.

Pensemos también en cómo concibe san Benito la obediencia, que para él es el fundamento constante de la vida monástica: “El primer grado de humildad es la obediencia sin demora. Es la actitud propia de aquellos que nada tienen más amable que Cristo” (RB 5,1-2). No es para nada una obediencia de siervos, de esclavos, sino de amantes del Esposo, de hombres y mujeres que desean a Cristo, que ven en cada ocasión de obediencia una ocasión de ir a las bodas con el Señor. Y sabemos que toda la vida monástica para san Benito es una vida de obediencia, de escucha que acepta la llamada de Dios, la voluntad de Dios.

Esto está claro desde las primeras palabras de la Regla: “Escucha, hijo, los preceptos del Maestro (...) de modo que puedas por el trabajo de la obediencia volver a Aquél del que te alejaste por la indolencia de la desobediencia” (RB Prol. 1-2).

La desobediencia es un apartarse de la presencia del Señor que nos llama a ir a Él, a unirnos con Él. Aquí san Benito habla de la "indolencia de la desobediencia – *inoboedientiae desidia*".

La palabra latina "*desidia*" quiere decir literalmente abandonar la propia sede, es decir, disminuir el deber propio. Parece semejante a la palabra deseo, pero deseo etimológicamente significa que nos faltan las estrellas, es decir, no poseer el infinito, y, por lo tanto, quererlo, precisamente desearlo. Sin embargo, la *desidia* es el abandono de lo que se tiene, de lo que se nos da. Como el hijo pródigo que por la desobediencia abandona su puesto de hijo en la casa del padre bueno (cfr. Lc 15,11ss).

San Benito utiliza todavía por dos veces el término "*desidia*". En el capítulo 48, cuando habla del tiempo que se debe dedicar el domingo a la lectura, añade esta nota: "Pero si hay alguno tan negligente y perezoso (*desidiosus*) que no quiera o no pueda meditar y leer, se le dé alguna ocupación, de manera que no esté ocioso" (RB 48,23). Aquí se ve claramente que quien abandona el puesto de una relación filial o sponsal con Dios – que debería expresar y cultivar con la meditación y lectura de la palabra de Dios, sobre todo en el día del Señor –, se encuentra en la condición de siervo, de mercenario, de uno que necesita seguir trabajando también el domingo para evitar lo peor.

Finalmente, el término *desidia* vuelve en el último capítulo de la Regla, donde san Benito elabora el elenco de las fuentes escriturísticas y patrísticas que deben alimentar nuestra vida monástica. Pero después añade: "Mas para nosotros, que somos perezosos (*desidiosis*), relajados y negligentes, son un motivo de vergüenza y confusión" (RB 73,7). Y san Benito nos invita entonces a seguir al menos su "mínima Regla para principiantes" (73,8), para volver a través de ella a aquella "sede", a aquella plenitud de vida en Dios a la que estamos llamados y que hemos descuidado.

Pienso que es importante entender a este respecto que una parte fundamental de la formación monástica, inicial y permanente, consiste también en una lucha contra nuestro escondernos del Señor. La búsqueda de Dios que se pide al novicio – "si verdaderamente busca a Dios" (RB 58,7) –, es verdadera si el novicio acepta hacer un camino interior y exterior que lo lleve del esconderse de Dios al estar en su presencia, un estar que sea transparente, humilde, tal como es, y que se expresa también en cómo se es transparente con el abad, con los formadores, con la comunidad. Lo importante en la formación del monje es tender a vivir una relación con los superiores y con los hermanos y hermanas que esté cada vez más en presencia del Señor, que nos ayude a convertirnos del escondernos de Él a estar confiados y humildes en su presencia. San Benito nos pide este camino a lo largo de toda la Regla, y en todos los ámbitos y aspectos de la vida. Lo que es grave para Benito no es el hecho de que fallemos, que caigamos, sino el escondernos, por vergüenza, por orgullo, por negligencia, como Adán en el jardín.

Por lo tanto, es importante que todo novicio en la vida monástica entienda y aprenda que esconderse de la comunidad, apartarse de la vida de la comunidad, es un esconderse y un apartarse del Señor y, por lo tanto, una regresión también espiritual, también en la relación con Dios. Esto es, una "*desidia*", un no estar en su puesto para encontrar al Señor.

La *desidia* es uno de los muchos modos de escondernos del Señor. "Adán, ¿dónde estás?", llama Dios en el jardín terrestre (Cfr. Gen 3,9). Si lo busca así, si no lo encuentra, quiere decir que Adán no está en su puesto en la creación, en el puesto en el que Dios podría y querría encontrarlo, estar con él, dialogar con él. El monje "*desidiosus*", que no está en su "sede", es precisamente el que no se dedica a estar allí donde Dios quiere encontrarlo, que huye a otros quehaceres y ocupaciones. Es un hombre escondido, un Adán escondido de Dios.

Es de este abandono de nuestro puesto de predilectos del Señor que Cristo viene a llamarnos hacia Él: "Paloma mía, que anidas en las grietas de las rocas y en los riscos de las peñas, déjame ver tu rostro, déjame oír tu voz; ¡porque tu voz es dulce y hermoso es tu rostro!" (Ct 2,14).